

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA DE LA
GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DIRECCIÓN DE

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA

TOMO I



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 258

Relación de lo ocurrido en México el 15 de septiembre de 1808, con motivo de la prisión del señor Iturrigaray

NOTICIA muy exacta de lo acaecido en México desde la noche del 15 de septiembre de 1808, sobre la prisión del excelentísimo señor virrey don José Iturrigaray y su familia, hasta su conducción a Veracruz y embarque a España, como también del arresto de otros sujetos que dentro se expresan

Noticia en forma de diario de lo ocurrido en México desde la noche del 15 de septiembre y siguiente de 1808, sobre la prisión del excelentísimo señor virrey don José Iturrigaray.

DÍA 15

Hallándose este comercio muy desazonado a causa de las secretas inteligencias del excelentísimo señor virrey don José Iturrigaray, se conmovió y resolvió con el mayor sigilo el aprehenderlo, lo que se verificó en los términos siguientes:

Entre 8 y 11 de la noche, fueron avisados algunos del comercio, que para las doce de ella, se iba a hacer un punto de reunión en la plaza de armas para ejecutar la prisión del virrey, imponiéndoseles a los avisados pena de la vida si descubrían lo comunicado.

A las 11 y media de la noche, ya se veían por los portales y plazas, individuos de los convoca— dos que andaban esparcidos sin comunicarse unos a otros, cuyo punto de reunión se hizo en la callejuela, habiéndose tomado la disposición de recoger los serenos de las inmediaciones entre 11 y 12; apagándoseles los faroles y encerrándolos en el parían, como también a todos cuantos se hallaban de tránsito en la calle para evitar cualquier

alboroto.

Dadas las 12 y media de la noche; ya se hallaba el acompañamiento de reunión, en el citado callejón en número de 500 a 600 hombres, los que se dirigieron por el portal de las flores con el mayor silencio. Llegaron a palacio, y acabando de abrir la puerta que estaba entrecerrada, inmediatamente se arrojó un pelotón de gente despojando de las armas a las centinelas y guardias de aquel sitio.

Otro pelotón de gente se dirigió a la guardia de caballería, se apoderó de las tres centinelas que tenía y de todas las armas, de modo que tuvieron que darlas por su propia mano.

Todos cuantos centinelas se hallaban puestos en los puntos de palacio, fueron despojadas y reemplazadas con gente del paisanaje, en disposición, que donde había un centinela, se pusieran cuatro con la orden de que a cualquier individuo que se viese, preguntarle, *quién vive*, y el que no respondiese ser gente de Fernando 7º, dada seña y contraseña, reservada, aprehenderlo.

Estando asegurados todos los puntos de abajo con, sus respectivas centinelas y fuerza, se dirigieron para arriba, cinco pelotones de paisanaje, dos por la escalera principal de palacio; tres por la escalera de la vivienda del virrey, de los dos primeros, el uno se dirigió al cuerpo de guardia de alabarderos, el otro a la puerta de la sala que cae bajo del reloj, la cual rompieron para introducirse adentro; de los otros tres pelotones, el uno se apoderó de la vivienda del secretario de cartas y demás familia y los dos siguientes a la vivienda de los virreyes, cuya entrada estaba toda oscura, sin más que un farol con una luz pabezeando, por lo que tuvieron que pedir velas al cabo de alabarderos quien presentó una hacha de brea. En este intermedio se apareció una mujer desfigurada con unas enaguas en la cabeza (era la costurera) diciendo muy afligida y azorada qué buscaban y se le preguntó

que donde estaba su excelencia. Replicó diciendo: que adentro sabía no estaba y que ignoraba dónde se hallaría; el pueblo enfurecido no hizo caso de ella y se dirigió al interior de las piezas donde encontró tres puertas cerradas, la una con tranca y dos con llave, que fueron abiertas a culatazos de fusil para llegar hasta lo interior de la vivienda de su excelencia en la que se encontraron tres camas, dos despojadas y una con sábanas que se registraron con espadas y bayonetas, y viendo que no se encontraba nada, se dirigieron a las piezas más interiores, registrando cuantos rincones había, hasta llegar al salón donde se hallaba su excelencia; y es el que está tras del que se celebran las juntas generales, cuya puerta estaba cerrada; y habiéndola forzado (a este tiempo los dos pelotones que se dirigieron por la escalera principal, ya estaban apoderados del otro punto de dicho salón) se encontró otro pelotón de gente y oyeron la voz del virrey y su hija que decían *traición, fuego, fuego*, a cuyas voces se retrocedieron habiéndoseles apagado la vela que llevaban por delante; Inmediatamente se mandaron pedir abajo unas hachas que se llevaban a prevención, y cuando éstas llegaron, ya estaban apoderados de dicho salón por uno y otro punto, como unos cien hombres que encontraron al virrey parado junto a su cama, descalzo de pié y pierna. La cama de su hijo el grande que le acompañaba, estaba en un rincón de otra pieza, con cuyo motivo, trató este mozo de hacer fuego con una pistola; pero fue sorprendido con cuatro en los pechos, diciéndole que la mayor tajada de su cuerpo, había de ser como un maravedí en caso de que hiciese fuego; entonces le gritó su Padre; *Pepe, estate quieto*; inmediatamente fue agarrado el virrey por el pueblo, llevándolo a que se sentase en una silla de las que están dispuestas para la junta que se había de haber celebrado el 16 por la tarde; Se le dijo que se vistiese y respondió: ¡Señores, qué es esto! ¿Qué novedad es esta? Se le replicó: A aprehender a vuestra excelencia, y preguntó: ¿De orden de quién? A que se le dijo: De orden del rey, por traidor a la religión, a la patria y a nuestro soberano Fernando

VII. Luego exclamó diciendo ¿Qué es posible señores que vuestras mercedes en quien tenía yo depositada mi confianza, quienes habían de ser mis padrinos y protectores, cuando vuestras mercedes mismos saben cómo me estoy gobernando? A lo que se lo contestó, vístase vuestra excelencia muy pronto y dijo: Pues que me traigan la ropa que está junto a la cama, la que le trajeron varios individuos, unos las medias, otros los zapatos, otros el uniforme y otros la peluca.

En este intermedio se hallaba otra porción de gente del pueblo por las viviendas del jardín para reconocer cuanto había, y para que se levantase el coronel don Manuel Jáuregui, cuñado de Iturrigaray (que se hallaba en esta ciudad en compañía de don Juan Jabat, ambos comisionados por la Junta Suprema de Sevilla); se levantó en efecto, y llegó al salón muy asustado diciendo: Señores por Dios; mi hermana, mi hermana ¿qué novedad es esta? Yo soy español completo, y vasallo de nuestro católico monarca Fernando VII y si vuestras mercedes saben el que yo sea delincuente en lo más mínimo, aquí estoy a su disposición, y se le respondió: Sabemos que vuestra excelencia es hombre de bien y que ha obrado como fiel español, y a lo que hemos venido, ha sido a aprehender a su excelencia. Volvió a suplicar por su hermana, y que no se le hiciese perjuicio; A que se le dijo: Que la andaban buscando. A esto repitió que él la solicitaría, y bajo su palabra de honor la presentaría; En efecto, se dirigió a las piezas más interiores, y se encargó de llevarla luego que se vistiese. En este acto exclamó el virrey, pidiendo le trajesen a sus hijos, los mismos que le fueron presentados, y el menor lo trajeron cargado, cuyo inocente todo era reírse. Así mismo preguntó por el estado de la virreina y se le respondió no tuviese cuidado, pues no se le había insultado en lo más mínimo a su persona, que se estaba vistiendo y en cuanto concluyese, se le traería.

Acabado de vestirse su excelencia en el salón donde se le sorprendió, se le pidieron

todos los papeles que tenía reservados, y convino en que los entregaría, como lo verificó, yendo en compañía de la tropa que lo custodiaba al gabinete de su despacho y estando dentro, sacó la llave, de una papelera, y escritorio, y habiéndose abierto por él mismo, se encontraron varios papeles como también medallas de oro y plata y perlas muy exquisitas, (las mismas que dijo tenía compradas para reina doña Luisa) y cuando se comenzaba el reconocimiento, se advirtió por el pueblo que había alhajas de valor, y para que éstas se conservasen en su lugar sin extraviarse alguna, resolvió como por lo más acertado, el que se cerrase todo, como en efecto se cerró por el mismo virrey, diciéndole guardase él propio las llaves, como sucedió, poniéndose solamente para resguardo de aquella pieza, dos artilleros de centinela, con un cabo y cuatro paisanos.

Estando en esto, vino la señora virreina acompañada de su hermano y la niña grande, como también de la escolta del pueblo, y habiendo visto a su esposo, exclamó con muchas lágrimas diciendo: ¡gracias a Dios que te veo, pues creía no encontrarte con vida, como también a mis hijos! ¿Adónde están? Y habiéndoseles presentado, tomó en brazos al menor con muchas lágrimas, y le dijo a su hermano el señor Jáuregui: ¡Ah hermano infame, traidor! nos has vendido, tú has sido el traidor y tramador de esto, y bien podías habernos avisado. A lo que respondió dicho Jáuregui derramando lágrimas: ¡Por Dios que no he sabido nada! Y hablando así al pueblo, les dijo: Señores; ¿vuestras mercedes me juzgan reo y participante de esto? Pues Dios que lo sabe, me castigue aquí mismo si me hallo culpado; Bien sabes hermana que hace días te lo he pronosticado, diciéndote que tu marido seguía los mismos pasos que Godoy, y no lo he podido convencer, pues nadie es mejor testigo que tú de lo que yo he trabajado a fin de conseguir se dirigiese bien en su gobierno, en vista de que sabía yo tanto en España, como en la América, lo mal quiso que se hallaba.

Toda la familia fue reunida en una pieza con bastantes centinelas, en donde se mantuvo por un largo espacio en conversación tirada, entretanto fueron a traer al ilustrísimo señor arzobispo, al señor Garibay (quienes recibieron gran susto al irlos a despertar, diciéndoles que el virrey estaba preso), a los señores oidores y demás autoridades de esta capital, que fueron traídos inmediatamente, todos con sus correspondientes escoltas.

Así mismo fueron a traer al sargento mayor de plaza, don Juan Noriega, e imponiéndolo de lo que en aquel momento acababa de suceder, se levantó luego luego de la cama, y para evitar alguna conmoción en los cuarteles y cuerpos de guardia, puso una sucinta orden de este tenor: “Son las dos de la mañana; Hay gran novedad;” “Nadie se mueva de su cuartel, guardia o puesto y todas las patrullas que deban reconocer al vibac, hagan alto allí hasta nueva orden mía.” Con lo cual quedó asegurada la quietud y se fue también a palacio.

Al ilustrísimo señor arzobispo, se condujo en silla de manos por lo más pronto, y salió de su palacio, con un crucifijo en la mano a unirse con los demás señores que debían entrar a la sala de Real Acuerdo. Y estando esperando al portero para que abriese, viendo que no parecía, se rompió la primera puerta en cuyo tiempo llegaron las llaves, se abrió la sala y entraron los señores al Real Acuerdo.

A las doce en punto de esta misma noche salió un piquete de artilleros de su cuartel, que los sacó un trozo del paisanaje, y para entrar a los almacenes donde estaba la artillería, se rompieron también las puertas y se sacaron cinco cañones para cargarlos con metralla; como se verificó en el patio principal de palacio, y tenerlos listos para lo que se ofreciese; de manera que a las dos de la mañana ya estaban a nuestra disposición, para cuando bajaran los virreyes a sus destinos. Así mismo a todo el paisanaje de la facción, se les dio cartuchos con bala, como también las armas cargadas de que fue despojada la guardia; de las pistolas

de la caballería, y de las de las tres patrullas, que en aquel acto se encontraron, que la una fue en la puerta de palacio, y las otras dos en la calle, donde se las quitaron con intrepidez, dos hombres solos.

DÍA 16

A las dos de la mañana de este memorable día ya estaban todos los señores arzobispo, oidores y demás magistrados, en el palacio; inmediatamente entraron en acuerdo, y estando en él, pidió el pueblo la prisión y separación del gobierno, del excelentísimo señor Iturrigaray, y su familia.

A la excelentísima señora se le preguntó a qué convento quería la llevasen, y respondió que al de San Bernardo, que quería correr la misma suerte que su marido, a quien le preguntaba muy llorosa que si iba, y él le respondió con la misma ternura que fuese. Al instante fue conducida, acompañándole su niña, el niño chico; su hermano el coronel Jáuregui, el señor inquisidor Alfaro, fue la bajó de la mano, y la escolta del pueblo.

Este paso fue el más tierno y doloroso que se presentó al ver a esta señora salir de palacio derramando muchas lágrimas por el corredor, y escalera grande hasta llegar a la puerta principal, donde estuvo parada más de un cuarto de hora mientras se solicitaba coche para conducirla; y no habiéndose encontrado, ni dentro de la casa, ni en la calle, se determinó fuese en la silla de manos del excelentísimo señor arzobispo, en la que caminó esta señora tan afligida y consternada, que al corazón mas duro movía a compasión y lástima.

A las tres de la mañana sacaron al señor don José Iturrigaray para llevarlo a la Inquisición, acompañado del señor alcalde de Corte don Juan Collado, del sargento mayor de plaza, y más de sesenta hombres del paisanaje hasta entregarlo al señor inquisidor don

Bernardo de Prado, y como el decreto de su prisión recomendaba fuese en paraje decente, según el carácter del preso, lo puso dicho señor inquisidor en su misma vivienda, donde quedó con bastante tropa del paisanaje, de la caballería de Michoacán que se mantuvo todo el día al frente de la puerta principal y con centinelas de vista arriba.

Entre 2 y 4 de la mañana salieron varios trozos de gente armada con orden de aprehender a los sujetos siguientes: al señor Cisneros, abad de Nuestra Señora de Guadalupe; al señor canónigo Beristáin; al padre mercedario Talamantes; al licenciado Azcárate; al licenciado Verdad y al licenciado Cristo; lo que se verificó con la mayor violencia, pues a las cinco de la mañana ya estaban todos presos, unos en San Fernando, otros en el Carmen y otros en la cárcel del arzobispado, a donde primero que a todos se puso al secretario de cartas.

A las tres y media de la mañana salió un decreto del real acuerdo e ilustrísimo señor arzobispo para todos los conventos de esta capital, con la orden de que dada la alba, saliesen todas las comunidades a la calle, y repartiesen todos los religiosos por todas las plazas y barrios, a fin de que sosegasen al pueblo en caso de alguna conmoción o movimiento, por el muchísimo sosiego que se notó.

A las cinco de la mañana se sacaron los cañones del patio y se pusieron al frente de palacio, apuntando a las bocacalles, habiéndose organizado antes de esto, todo el paisanaje en el patio principal de palacio, donde se formaron diez compañías con sus respectivos oficiales y subalternos, para guarnecer todas las guardias de la plaza, y fue hecha la distribución con el mejor empeño y actividad, por el sargento mayor de ella don Juan Noriega, dando orden para que en todas las guardias se mezclasen todos a un mismo fin, como se verificó con mucha armonía, habiendo ido a la casa de moneda, veintidós hombres, seis artilleros y un cañón cargado que se colocó en la puerta principal para

resguardo de dicha casa.

Otros sesenta hombres se mandaron a la Inquisición, con seis artilleros y un cañón que se colocó en la calle, frente a la casa del Señor Prado, para impedir cualquier movimiento en defensa del reo.

El regimiento de caballería de Michoacán y escuadrón de tocineros, se repartieron en toda la ciudad en patrullas dobles, y se pusieron centinelas en todas las bocacalles de la plaza y circuito de palacio, para que nadie pasase por la banqueta, y cuatro patrullas de caballería dobles se destinaron para que estuviesen rodeando dicho palacio.

Entre cinco y nueve salieron 10 extraordinarios para varias partes del reino. Así mismo se dio orden para que a marchas dobles, retrocediesen el regimiento de Celaya, que había de empezar a entrar ese mismo día, y otra orden para que viniese el regimiento de dragones de México, también a marchas dobles; y sin embargo de la orden relativa al regimiento de Celaya, luego salió contra orden para que siguiese su camino, como lo verificó.

A las seis de la mañana todo el nuevo gobierno ya estaba todo organizado, de modo que parecía cosa de sueño lo acaecido en tan pocas horas, pues todo este vasto vecindario se quedó tan lleno de asombro y admiración que no hacían más que mirarse unos a otros sin hallarse palabra, al ver la plaza guarnecida de cañones y centinelas, y como estaba el comercio cerrado, causaba más pavor, y mucho más viendo tantas patrullas del paisanaje muy armadas y repartidas por todas las calles, pues no hay pinceles con que pintar una escena que carece de ejemplar, tanto por lo muy reservado de ella, como por lo bien discurrido y pronto, no habiendo habido más desgracia que un granadero muerto que hallándose de guardia en la cárcel de Corte y visto a las doce de la noche un mormullo de gente, gritó preguntando *quién vive* y fue respondido según estilo, pero desde luego estaba

tan azorado de ver gente armada, que inmediatamente hizo fuego, y llamó a su cuerpo de guardia, para que hiciese lo mismo, por lo que le dieron un balazo del que luego murió.

A las diez del día ya estaban los semblantes menos confusos al leer los papeles que se publicaron, noticiando la prisión de Iturrigaray por razones de utilidad y conveniencia general, por cuya razón ya se daba la enhorabuena unos a otros por el feliz suceso de la empresa.

A esta hora salieron los señores del acuerdo, y se reconoció por virrey de Nueva España al excelentísimo señor don Pedro Garibay, habiendo habido besamano, y el ilustrísimo señor arzobispo hizo la visita de etiqueta que correspondió su excelencia.

Todo el resto del día siguió con mucho orden y sosiego, patrullando todo México el paisanaje.

A las cinco de la tarde, se publicó bando de orden de su excelencia para que todos se pusiesen el distintivo de Fernando VII y se pasó oficio al cabildo eclesiástico, comunidades y parroquias para cumplir esta orden; de modo que da gusto ver a todo este vasto vecindario, pues hasta los carboneros lo traen.

Hoy se abrieron ya todas las oficinas públicas, talleres, casa de moneda y fábrica de tabaco, sin haber notado la menor falta de ninguno en el cumplimiento de sus destinos.

A las seis de la tarde, se trajeron cuatrocientos cartuchos que había en palacio de Chapultepec, los cuales estaban con doscientos y tantos quintales de pólvora encerrados secretamente por el señor Iturrigaray.

Al padre Talamantes se le encontraron varios planes y papeles relativos todos a una comisión del mismo señor.

A las siete de la noche, se reforzó la guardia de la inquisición con sesenta hombres más, y un teniente coronel para custodia del reo, con encargo que se le hizo de su persona;

pero habiendo observado las conversaciones de ambos muy familiares, se disgustó tanto la guardia, que determinó a las once de la noche, relevar a dicho teniente coronel para evitar el ánimo que tenían hecho de pasar a cuchillo a los reos y a dicho teniente coronel.

Toda la noche siguió esta ciudad, en un profundo silencio, estando patrullada por el paisanaje y caballería de Michoacán, habiéndose puesto centinelas por todo el cerco de la inquisición y plazuela de Santo Domingo.

DÍA 17

La ciudad ha amanecido muy sosegada. Las oficinas y talleres han continuado abiertos. El comercio de ropas, es el que se mantiene cerrado con el motivo de alterar en las guardias sus individuos mezclados y estrechamente unidos con los de otras clases de los patricios.

Hoy se han aprehendido varios individuos, y entre ellos cinco franceses.

A las doce del día fue el nuevo señor virrey al convento de San Bernardo a visitar a la señora Iturrigaray.

A las siete de la noche, se reforzó la guardia de la inquisición con cincuenta hombres del paisanaje, los que se alojaron en el patio principal.

DÍA 18

A la una y media de la mañana de este día, por orden del Real Acuerdo, fue necesario trasladar al señor don José Iturrigaray con sus dos hijos, al convento de betlemitas, cuya traslación, se ejecutó con el mayor silencio y quietud en un coche, escoltándolo toda la tropa que le resguarda. Luego que llegó se le puso en una celda solo, y en otra a sus dos hijos con centinelas de vista.

Toda la ciudad sigue en la mayor tranquilidad. Esta tarde salió el excelentísimo señor virrey nuevo al paseo. Le siguió al coche una porción de gente gritando viva Fernando VII hasta dejarlo en palacio; El coliseo, ha continuado lo mismo que antes, y todas las diversiones públicas, como también el buen orden y sosiego con las patrullas del paisanaje, pues da gusto al ver la emoción que ha habido entre europeos y americanos, presentándose todos a porfía en palacio, para que les den armas, y les destinen en la guarnición, como así se ha verificado, aumentándose sucesivamente el número, sin división, ni espíritu de partido, dirigiéndose todos al loable fin de mantener la tranquilidad que observamos, y cuya conducta hará siempre honor a esta capital, pues en ella generalmente no se oye otra expresión, sino la de “todos somos españoles” y todos somos mexicanos.

DÍA 19

Continúa la misma tranquilidad sin haber advertido la menor novedad.

Deseando don José de Iturrigaray saber el estado de su causa, papeles y bienes, mandó llamar al nuevo señor virrey, quien habiendo consultado, primero con el Real Acuerdo sobre este llamado, se resolvió que fuese acompañado del sargento mayor de plaza, como lo hizo hoy a las once de la mañana en que salió de palacio para dicho convento. Y habiendo sido introducido a la celda de su prisión, le dijo se sirviese darle razón del estado de su causa y demás, pues eran concluidos ya tres días y debía concluirse ya la sumaria; a lo que respondió que daría parte al Real Acuerdo y se despidió.

El comercio continúa cerrado y sin novedad alguna.

DÍA 20

El pueblo se mantiene con la misma quietud, como consta de los partes que han dado los cuerpos de guardia y patrullas.

El Comercio continúa cerrado, montando las guardias el paisanaje.

El coronel del comercio don Joaquín Collá ha sido suspenso del mando de su regimiento, y se le ha conferido al teniente coronel don Gabriel de Iturbe, a pedimento del pueblo, y por haber sindicado la prisión del virrey.

DÍA 21

Hoy a las tres de la mañana se fue al convento de Belén, el sargento mayor de plaza e hizo saber al señor don José de Iturrigaray la orden del superior gobierno para que le condujesen a Veracruz; Hallóse en su cama, y respondió que estaba muy bien; Se le dijo: Vístase vuestra excelencia a lo que repuso ¿qué ahora ha de ser la salida? y se le respondió que sí, que esa era la orden; inmediatamente mostró tal ternura, que se le salieron las lágrimas y comenzó a vestirse, aunque se le dijo fuese despacio, como también sus dos hijos; el grande se levantó con bastante entereza, pero el chico todo estaba confundido y llorando, santiguándose y persignándose mucho; Acabados de vestir, salieron los tres acompañados de muchos centinelas, y formada la tropa en dos filas hasta la puerta del convento, al bajar, dijo: ¡Válgame Dios! Yo entré con tanto aplauso y salgo de esto modo; pero yo me tengo la culpa. Luego preguntó por el oficial que iba encargado de su persona; y habiéndosele presentado, le dijo: Hágame vuestra merced favor de franquearme \$ 100 cien pesos para el camino, que si tuviere bienes, los pagaré y si no, se me perdonarán. Inmediatamente le fueron entregados \$ 200 doscientos pesos y se metió en un coche (ya estaban dispuestos desde la víspera seis de ellos para acompañarle) con un oficial del regimiento urbano y un

sujeto del comercio que iban encargados de su persona, con orden de asistirlos al pensamiento en cuanto les ocurriese y para tomar en el camino cuanto se les ofreciese a la mayor comodidad de los presos, a quienes se les permitió sacar muchos baúles de ropa, alhajas y hasta una vajilla de plata para servirse de ella; En otro coche entraron los dos hijos con otros dos acompañados; los escoltaban cincuenta y seis hombres del paisanaje y cincuenta de caballería de Michoacán con el capitán don Lorenzo Cosío, y salieron por el camino viejo de Veracruz; de modo que a las cuatro de la mañana ya estaban todos fuera de la ciudad. Todos los habitantes están en la mayor quietud y tranquilidad, y también siguen los cañones cargados y puestos en la plaza a cargo de los artilleros y del paisanaje.

La excelentísima señora virreina continúa con su niña y niño chico, en el convento de San Bernardo.

Por extraordinario llegado de Veracruz se sabe el gran regocijo que causó luego que se recibió allí la noticia de la prisión del señor Iturrigaray, habiendo hecho iluminación y otras demostraciones de júbilo y alegría, como que aquella ciudad tenía solicitado con repetición, el relevo de aquel señor.

El comercio continúa cerrado, no habiéndose advertido ninguna novedad, en la tarde ni noche.

DÍA 22

Hoy ha amanecido todo muy organizado y el comercio abierto, como también los tribunales y las oficinas.

A las once del día, se retiró la guardia que se hallaba en el convento de betlemitas, la que vino marchando por la calle de San Francisco con toda la música, trayendo por delante, un cañón de artillería tirado por mulas; en el centro otro y en la retaguardia, el carro de peltrechos de guerra.

DÍAS 23 a 30

Hoy ha amanecido todo muy organizado y sin novedad, ni la más leve inquietud, en virtud de las muchas patrullas, así de caballería, como de infantería del paisanaje que de día y noche rondan la ciudad, continuando todavía montada la artillería y tomando disposiciones para que oportunamente salga también a Veracruz la señora Iturrigaray, y remitirse a España con su esposo.

Llegaron los dragones de México, y están en actual servicio.

En los días primero hasta cinco de octubre, no ha ocurrido novedad alguna.

El día seis del mismo a las dos y media de la mañana, salió para Veracruz la excelentísima señora Doña Inés de Jáuregui, esposa del señor don José de Iturrigaray, escoltándole la tropa del paisanaje bajo las órdenes del capitán de artillería don Manuel Gil de la Torre y concediéndole cuantos auxilios pidió, conduciendo los tercios que quiso, y asistiéndole lo posible.

Parece que se resistía a salir olvidándose de lo que ofreció de correr la misma suerte que su marido; pero las persuasiones de algunos personajes, la obligaron a cumplir la orden a pesar de haber habido junta de médicos, que declararon en forma no le impedían los achaques de salud que pretestaba para salir a su destino. Continúa la tropa armada, y los cañones montados dentro del patio de palacio.

Llegaron los dragones de México y están haciendo el servicio.

El quince de octubre a las diez de la mañana, entró la columna de granaderos pasando por frente del real palacio a la vista de su excelencia, con este motivo y el de que harán el servicio, se ha desmontado ya la artillería y se retirará la guardia de voluntarios

que ha estado cubriendo todos los puestos principales, quedando todo hasta el día, en la mayor quietud y tranquilidad.

El Coronel del comercio, don Joaquín Collá, ha sido restituido a su empleo.

Todos los sujetos que se hallaban arrestados por esta causa, están puestos en libertad.

La notoria piedad del superior gobierno, ha mandado que al señor don José Iturrigaray, se le ministre la cantidad de cincuenta mil pesos para los costos de su embarque, como se verificó por las Reales Cajas de Veracruz, con cuyo auxilio salió de aquel puerto en unión de su esposa e hijos, el día seis de diciembre a las diez y media de la mañana en el navío San Justo, que armado en guerra, va a las órdenes del marqués del Real Tesoro, debiéndole quedar la esperanza de que tendrá todavía que recibir un gran capital, que está inventariado en forma con las solemnidades de estilo.

Por último, se puede decir que los tribunales, oficinas y demás han continuado sin novedad, habiéndose visto con satisfacción las extraordinarias tareas en que se ha empleado el Real Acuerdo, de día y de noche, a beneficio del buen orden.

Lista de los oficiales que componen las diez compañías de voluntarios de Fernando 7º que se formaron en este real palacio la madrugada y día dieciséis de septiembre de mil ochocientos ocho, con el motivo del arresto del excelentísimo señor virrey don José de Iturrigaray.

1ª Compañía

Capitán don José Martilla Barrenque

Teniente don Mateo Moso

Ayudante don Agustín Tajonar

2ª Compañía

Capitán don Francisco Covián

Teniente don

Subteniente don

Ayudante don

3ª Compañía

Capitán don Antonio Uzcola.

Teniente don Rafael Canalias

Subteniente don Ignacio Ampanedas

Ayudante don José Urizar

4ª Compañía

Capitán don Francisco Maza

Teniente don Antonio Arada

Subteniente don Domingo Ugarte

Ayudante don Hilario Solano

5ª Compañía

Capitán don Santiago Echeverría

Teniente don Pedro Mugerza

Subteniente don Juan Salazar

Ayudante don José Llain

6ª Compañía

Capitán don Miguel Gallardo

Teniente don José del Torno

Subteniente don Agustín Arosqueta

Ayudante don Manuel Serrano

7ª Compañía

Capitán don Pedro Zavala

Teniente don Antonio Ojanguren

Subteniente don Mariano González

Ayudante don Agustín Torreilla.

8ª Compañía

Capitán don Severino Legorreta

Teniente don José de Lejarza

Subteniente don Manuel Hurtado

Ayudante don Manuel del Fierro

9ª Compañía

Capitán don Manuel Bonechea

Teniente don Agustín de la Peña

Subteniente don José Estanillo

Ayudante don Manuel Horcasitas

10ª Compañía

Capitán don Manuel Etoni

Teniente don José Machin

Subteniente don Joaquín Romaña

Ayudante don José Loazes

NOTA.— Las diez compañías que anteceden constaba su fuerza de 1.500 plazas, y la compañía de artillería al cargo del comandante de éstos, capitán don Luis Granados de 100 plazas, unas y otras hicieron su vestuario de chaqueta azul, collarín y vuelta encarnada, galoneada en redondo de oro, chaleco y pantalón blanco con bota, sombrero redondo y galón ancho. Al relevarse las guardias con la música correspondiente, portaba el subteniente en el centro en lugar de bandera el retrato de nuestro deseado y amado Fernando 7º muy adornado.

Aunque la noche del 15 por la gran reserva que era indispensable, sólo concurrió la gente que se refiere en la anterior lista y la más que se pudo juntar, ya para la madrugada del 16 que se corrió la voz, concurrieron al palacio de 6 a 8 mil personas, que en caso necesario hubieran estado listas y sin perjuicio de ser atendidas las casas de comercio; pero a pesar de estos rasgos de lealtad, se creen todos los individuos en extremo desairados, por el orden en que fueron relevados y por lo mismo han doblado y alzado su vestuario, quedándoles sólo el nombre de los respectivos cargos que obtuvieron.

Es copia exacta del original. Guadalajara Agosto 15 de 1870.— *E. Mendoza.*

LA EDICIÓN DEL TOMO I ESTUVO A CARGO DE

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Adriana Fernanda Rivas de la Chica
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO PAPIIT IN402602